

De pronto, en el pasillo, sonó algo menos armonioso que el piano todavía: un acordeón de juguete, medio afónico, y en manos inexpertas. Gritos y gorjeos acompañaban al desacorde ruido; y de una garganta fresca, viva, límpida, salió este galimatías, pasando al través de la puerta cerrada:

—Papaíto... Atitoy... Te oy senata... Senata, pa que te duemas...—Y el instrumento músico, si cabe llamarle así, estiró y apresuró su flin-flan...

Carrillo apartó de la cara las manos, se alzó y se arrojó sobre Mercedes. Con fuerza de insensato la apretó el brazo, impulsándola á salir de la habitación. La de Alvarado temió por su vida: Quintín parecía un demente. Siempre empujando, arrollando á la niña, llegó con su mujer á la antesala, á la puerta de la calle. Corrió el pestillo y precipitó á Mercedes al descanso de la escalera, donde cayó arrodillada, tan sobrecogidas, que no dió un grito. Quintín si que gritó, vertiendo en el clamor su espíritu, recobrada la palabra al fin:

—¡Fuera de aquí, so embustera! ¡Largo! ¡A mentir fuera de aquí!

Cerró de golpe, y llamando á Tina, tomándola en brazos, la cubrió de hambrientos besos.

FINAFROL

I

TODAVÍA el gallo no había clarineado sus bélicas notas al aire húmedo de la mañana de otoño; y aún no se desperezaban los por-dioseros, amodorrados en el bienestar de la soñarrera, como si en vez de reposar sobre crujiente *poma* de maíz, les hubiesen dado lecho blandos plumones.

Hacia la derecha, el corral estaba limitado por un *alpendre* ó cobertizo, que respaldaba la tapia y cuyo frente formaban tablones mal juntos, escasa defensa contra el frío madrugero. A la izquierda se veía la casa de los caritativos. A dueños del Asilo, amplia y destartada. Revestían los balaustres de la carcomida solana ristras de cebollas y espigas de maíz: el primer

destello solar encendió en ellas dulces resplandores de rosa y oro. Entre la casa y el cobertizo estaba la capillita, semiarruinada; y el otro lado del rectángulo lo formaban tapia y portalón—el portalón que ha olvidado la manera de cerrarse, pues los goznes de la puerta ya no giran, por desuso.

¿Qué miedo han de tener á ladrones los dueños? Punto menos pobres son ña Gregoria y Pepe de Reigal, que los mendigos á quienes acogen diariamente. Tienen su pasar, cogen su fruto, venden en Marineda su cosecha de cebolla, pero dinero... si Dios se lo enviase, lo gastarían en caridad; y además, ¿no duermen todas las noches, en el cobertizo, diez ó doce personas? Bien guardada está la casa, y no haya cuidado de que esa *gavilla*, de la cual se habla todos los inviernos con terror, sin que nadie haya llegado á verla, se determine á venir y llevarse las mazorcas de maíz de la solana y el cerdo salado de la hucha.

Antes que ningún durmiente se rebullese, incorporóse cautelosa una mozallona, de cuyo cuerpo, al movimiento, salió una tufarada bravía. Con pasos táticos, se acercó á la yácija de un viejo que dormía boca abajo, y tiró suavemente de un zurrón que el durmiente sujetaba con el codo. Metió la negruzca garra en el saco burdo, y extrajo un frasco de metal; lo destapó, abocó el gollete, y con beatitud inefable empezó á trasegar el contenido. Se detuvo después de echar un buen trago; volvió el frasco al zurrón, y lo repuso todo en su lugar. No se des-

pertó el viejo, el tío Amaro de Espadanela; pero un espatarrado, de sotabarba y de velludo pecho descubierto, echó una voz bronca, tupida de sueño y resquebrajada de aguardiente:

—¡Ei! Me parto en...! ¿Quién rema por ay?

Entonces, de un rincón, se alzó una forma esbelta, y un acento claro y cristalino pronunció:

—¡Tío Amaro! ¡Arriba! Vaya, que cogió el sueño bien á gusto... ¡Tío! Ya es día, señor.

Bostezando hasta desquijarse, medio se incorporó el ciego. El *follato* hizo su música peculiar, crujiente y lamentosa. Las pupilas de vidrio cuajado afrontaban inmóviles la claridad. Entre desperezos, ordenó:

—A ver luego... Dame de la alforja el chisco.

La niña—que empezaba á gallardear de juventud, y era formada y gentil como una varilla de biznaga en flor—sacó el frasco y se lo tendió al ciego. Apenas éste lo llegó á los labios, botó furioso:

—¿Quién es el hijo de can que me ha esguirichado la caña? ¿Has sido tú, Sídora?

—Así medre, señor, como no he sido—contestó la mocita—. Asco me da. Y le tengo rabia, porque su mercé, cuando bebe, tórnase de peor entraña todavía.

—Allégate—dispuso el viejo—que te goleré.

La niña se aproximó, intranquila. El ciego, al sentirla cerca, lanzó su garrota; pero la muchacha se desvió, y el palo rebotó contra la pared. Y al mismo tiempo, la mozallona chata y de rostro bestial, adelantándose, gritó indignada:

—No maje en la rapaza, no maje en la rapaza, no sea mal cristiano... ¡Yo fui, que no ella, yalma mía!

—¡Tú habías de ser, raposa! ¡Ya te llaman Marica de las Uñas! ¡Aguarda, pega ladrona!

Y se precipitó, al acaso, con los puños dispuestos. Nordés, el ex-marinero, y un tagarote con bocio, conocido por Langrán, le sujetaron. Para decir verdad, sólo le sujetó Langrán con su fuerza hercúlea; pues el misero de Nordés, con su atrofia muscular progresiva, que le había convertido de pescador en pordiosero, ¿qué había de mandar en nadie?

También se había interpuesto la niña.

—Tío—suplicaba,—deje á Marica, que quien cuenta verdá no merece pena. Tío, á la malpocada le hace falta la calor en la barriga. Aun hay bebida en el frasco. Beba y calle.

Convencido ó dominado, el tío Amaro apuró el resto. Al estruendo de la pelotera, todos los mendigos se despabilaban. Unos se metían los puños en los párpados, como chiquillos hambrientos aún de regalo y pereza; otros, listos como moscas, se sacudían el *follato* y salían al patio de un brinco. Eran sus cataduras, ya cómicas, ya de un horror pintoresco. Uno cojeaba, arrastrando una pierna, retorcida por cura inhábil de saludador ó medicastro; otro, llamado Mediocorpo, reptaba con las manos, privado hasta de muslos y pareciendo arrastrar el vientre. Marica de las Uñas había sacado de la alforja un refajo colorado nuevo, su gala y su orgullo, y se lo vestía delante de todos. Una

centenaria, la tía Bica, temblaba de frío y reía á la vez: reía siempre—de los mozos que mueren mientras ella dura, opinaba el Cojo, que era el más despabilado de los mendigos, y hasta tenía sus ribetes de negociante, tratante y charlatán, que «saca» en las romerías la buenaventura por medio de un pájaro con una cedula en el pico. Cada pordiosero preparaba sus instrumentos de mendicidad. Langrán limpiaba—por decirlo así—el carretillo en que zandeara por los caminos á su asociado Mediocorpo; la centenaria, siempre risueña, con su boca sumida de bruja, requería el báculo y se tocaba el pañizuelo; el Cojo se estiraba en su muleta bruñida por el uso. La puerta de la casa se abrió, y aparecieron los amos.

II

Eran una pareja aldeana. Poco á poco, de vinculistas desahogados, los Reigal se habían convertido en labriegos. La capilla no se abría al culto desde el tiempo del abuelo de Pepe de Reigal. Sólo el Asilo, el típico refugio de los mendigos, perduraba, atestiguando épocas más prósperas en la familia. Acaso Jesús de Nazaret no se quejase de que, no pudiendo restaurar la capilla, Pepe de Reigal conservase el Asilo.

El marido, flaco y enjuto, como desecado,

traía en las manos una olla grande; la mujer, ña Gregoria, canosa y robusta, dos cuencos de barro.

—¿Aun casi que no amanece, y ya vos peleáis, rabiosos?—preguntó ña Gregoria, con el asombro inquieto de los pacíficos ante las disputas—. ¿No vos gusta la tranquilidad? Ale, aquí vos traigo una gota de leche... Tú, Pepiño, posa ahí—añadió señalando á un poyo.—Yo reparto: venir...

—Tú la primera, Finafrol—añadió dirigiéndose á la niña—. ¿Quién te hacía mal, que gritabas?

—Nadie me hacía mal, ña Gregoria.

—Sí, por ti, aunque te pelasen viva... Tú eres como las palomas, que no tienen hiel... En ti no pecó Adán.

Tendió á la muchacha el cuenco, más que mediado. Era su predilecta, y para ella doblaba la ración.—¡Avívate, Pepe!—exclamó alargando otra vez el cuenco—¡Los hombres no valéis para nada! ¡Renegados sean los hombres!

—¡Mucho trabajo has pasado tú con los hombres!—protestó Pepe—¡Mucho te llevo dado que sentir!

—Es que tú... no eres hombre—declaró Gregoria.

—Se estima... Y luego, ¿qué soy?

—Se quiere decir... que no eres hombre para el caso de ser animal.

Los pordioseros celebraron la escaramuza con risotadas. Eran tan alegres como prontos á enzarzarse en peleas. Fácilmente se les divertía,

porque sus almas, no turbadas por lecturas ni quemadas por codicias, tenían algo de la frescura de las almas villanas medioevales. Se perdían por una chanza. Hasta el tío Amaro, tan cascarrabias, era á ratos bufón y archivaba nutrido repertorio de chascarrillos. Limpiándose la boca con el revés de la mano, el marinero exclamó:

—¡Hala! ¡A la mar, que se ha levantado viento!

—Señor Nordés, ¿habrá buen lance de sardina?—preguntó perdida de risa María de las Uñas.

Estalló un coro de carcajadas. La sardina, en este caso, era la limosna. Calculaban alegremente las probabilidades del día.

—Lance, mañana en Areal—declaró el Cojo.

—Mañana, San Miguel de las uvas, son los días de D. Migueliño el de la fábrica. Reparten á la puerta...

—A las veces dan á real—confirmó Marica.

—Mas que den á peso—exclamó Nordés—no he de ir yo á recogerlo. ¡Ah, eso ya lo saben!

—¡Qué más quisieras tú, para la taberna!—amonestó ña Gregoria.

—Mujer—advirtió Pepe—no les pedriques, que entonces mejor fuera cerrarles el portón.

—Es que me consume ver que gastan en perrita el bien de caridá que les cae.

—Tú mucho hablas. No andas como ellos á la friage y con la tripa vacía.

Gregoria hizo un gesto de negación. Era vieja entre los cónyugues la disputa; la mujer estaba

por los mendigos sobrios y ordenados, el marido por todos indistintamente, y aun quizá prefería á los máscalamitosos. Pepe conservaba el sentido caritativo sin condiciones y sin propósito moralizador de los Reígal, que aceptaban la miseria y el vicio como fatalidades de los que tienen la mano. A tanto llegaba la indulgencia de Pepe, que hasta se alegraba de lo que era desesperación de ña Gregoria: no haber tenido hijos—porque así podían disponer de unas berzas para la cena y unos haces de paja para cama de los mendigos, y á veces de la miaja de leche y la borona migada del desayuno. No siempre abundaba la hierba, no siempre tenía la vaca inflados los tetos... Pepe sostenía, en su estilo peculiar, que todos los pobres eran igualmente dignos de aquel socorro. Les profesaba una especie de amor, y, para decirlo de una vez, le divertían: cada noche y cada mañana aquellos pillastres rompían la monotonía de su existencia labriega con las riñas, los cuentos, los embustes, la provisión de noticias, tan desmigajadas como los «tacos» de pan que danzaban en sus zurrones. Uno contaba de ferias, otro de la vida de los señores en los Pazos, éste de los comerciantes de Areal, aquél del señor Abad de Mosteiro; y siempre con el buen humor de la miseria, el feliz descuido del no tener... Pepe alababa en sus protegidos ciertas singulares virtudes, por ejemplo, el cuidado que ponían en no recurrir al Asilo sino de tiempo en tiempo, para no abusar de la «posada de la caridá».

Sólo la tía Biça, la centenaria, venía casi

diariamente, ¡la enfeñis! A cada noche repetía:

—Hi... higuitos míos... yo no sé si tengo sien años ó más de siento... Yo acuerdo al francés... Poco vos he de cansar...

III

Aquella mañana fué tema de la chismografía la casa de D. Miguel Amorós, el fabricante, que iba á estar de días y á dar limosna. Alguien afirmó que la limosna sería doble, por razón de ser ahora dos los señoritos: el señorito Miguel y su hermano D. Mariano, que acababa de llegar de allá de tierras de América.

—¿No dijeron que muriera?—preguntó ña Gregoria.

—Mala hierba nunca muere—gruñó Nordés—, y esa casta de la fábrica dura más que las silvas en los vallados...

—No seas rencoroso, Nordés—indicó Pepe—. No fué tanto el daño que te hicieron. Al fin tú no podías salir á la pesca.

—Y tan malo no era D. Mariano—disculpó el Cojo—. Llano y simpático, y cigarro suyo nunca faltaba, ni las dos pesetas á las veces...

—¿Conque no era malo—protestó ña Gregoria—y mató á penas á su madre? ¿No era malo, y con los vicios y las mujeronas, por poco arruina la fábrica? ¿No era malo, y si no lo

despachan para América, no deja aquí cosa á vida? ¿No dijisteis que entremientras ha vivido el Sr. Amorós, el padre, se guardaría el hijo menor de poner los pies, no digo en la fábrica, ni en la playa de Areal? ¿No me lo tenedes contado vosotros mismos millenta veces?

—Porque un hombre eche un chisco y coja una baraja y le guste una buena mosa, no es ningún visioso—declaró el Cojo riendo—. Con el tiempo un hombre se hace formal.

—Sí, sí,—dudó Gregoria.—Fiate, fiate... No me fiaría yo si fuese el hermano, ni se fió el padre, aquel Sr. Amorós, el catalán, tan agenciador, que para trabajar se levantaba con estrellas.

—Ya supo hacer testamento—advirtió el Cojo—, ya supo. Todo le quedó á D. Migueliño.

—Eso tampoco es ley de Dios—protestó Pepe—. Hijos son todos, malos y buenos.

—¡Es que iba la fábrica á pique!—exclamó el buhonero—. Se la papaba en un año.

—Tuvo más razón que un santo el padre—aprobó ña Gregoria—. No va á derrearse de trabajo un hombre de bien para que un pillito fume y beba. Este, mi marido, parece parvo de entendimiento.

—Tan tuno es el de América como el de Areal—sentenció ásperamente Nordés.

—¿Hay un poco de tabaco?—preguntó la tía Bica al exmarinero, muy bajito.

—¡Tabaco! ¡Quién lo viera!—rezongó él.

La centenaria, suplicante, se llegó á Pepe.

—Por el alma de quien tienes en el otro mundo, me des una presa de tabaco, hiiigo.

—¿No es vergüenza fumar á sus años?—intervino la severa Gregoria, mientras su esposo sacaba de la faltriquera una cajetilla mediada y la deslizaba en la mano, rasposa y fría como piel de reptil, del vestiglo.

—Mujer, no es vicio, que es un costumbre...—gimió la vieja, ocultando la cajetilla, que Nordés devoraba con ávidos ojos—. Un costumbre de cuando ganaba mi vida con la sardina... Todo el santo día en el muelle, y al amanecer, por las carreteras, con la panela en la cabeza, y tanto frío... El Santísimo Sacramento te lo dé en la gloria—añadió dirigiéndose á Pepe.

Algunos se disponían á partir. Mediocorpo, instalado en su carricoche, decía á Langrán, el corpulento mozallón que le rodaba por carreteras, senderos y atajos:

—Si hoy cae tajada en el Pazo de Sanselme, no me la papes... Eres un lobo; todo melo comes.

—Es un tragón—confirmó Gregoria.

—Toma, tiburón—dijo festivamente Pepe—, sacando de otra faltriquera un pequeño men-drugo.

Cuanto podía escondíalo Pepe en las reconditeces del chaquetón, y Gregoria encontraba su hucha, su alacena, sus cajones barridos, vacíos, como si por allí hubiese pasado una banda de ratas famélicas.

—Señora Gregoria—suplicó tímidamente Finafrol—, un favor le quería pedir,

—¡A ver, rosña de Mayo!

—Mientras el tío Amaro está entretenido en arreglar la alforja, déjeme carretar un barreño de agua de la fuente y lavarme un poco, que me lo pide el cuerpo.

—Ven conmigo— se apresuró á decir la dueña.

IV

Entraron en la casa. Subieron la escalera temblona, de roídos balaustres de palo, y Gregoria introdujo á la muchacha en su propia habitación, la única que en la vetusta morada de los Reigal tenía el piso un tanto sólido, remendado de fresco; en las restantes se caía á pedazos la tabla de pino, deshecha en polvo por la polilla. En el piso bajo, el suelo no había podido destruirse: era de tierra. Gregoria, solícita, ofreció á la niña mil refinamientos: una palangana puesta sobre una silla; un jarro de hojalata lleno de agua; una concha de jabón verde lechuga; un peine de púas rotas, una toalla «de lamanisco» muy limpia y un cacho de espejo, resto de una luna mediana. Finafrol, aprisa, balbuceando gratitudes, desabrochó las sayas y desatacá su ajustador aldeano, que por ballenas tenía cañas, y hacía talle rígido y honesto. Se descubrieron sus formas gráciles, enjuta aún, pero donde ya la pubertad había di-

señado dulces redondeces. La blancura anacorada del seno virginal y de los brazos firmes, contrastaba con el atezado trigüeño de cara, cuello y manos. El rostro era delicioso de inocencia y de dibujo admirable; los ojos lo alumbraban con luz celeste, parecida al reflejo de las aguas de la ría, y los dientes de esmalte de perla brillaban como joyas en estuche de seda sonrosada. Soltó el cabello para peinarlo, y se vió su abundancia y su finura de madeja lasa, al esparcirse sobre los hombros. Con las abluciones, la muchacha adquirió una frescura de arbusto joven después de la lluvia. Desaparecía la capa de pegajoso polvo de la mendicidad, y salía á la luz la belleza delicada, la tersura del capullo con toques de musgo naciente.

—¿No te mudas la camisa?—preguntó Gregoria.

Finafrol se volvió, muy colorada... ¡No tenía más que la puesta!

—Toma—exclamó Gregoria abriendo un cajón de la cómoda desvencijada, sin barniz, y sacando una camisa de lienzo gallego, en hoja—. Yo te lavaré la otra, palomiña.

La niña tembló de gozo. ¡Mudarse! ¡Tela nueva sobre sus carnes, una camisa sin desgarrones, sin remiendos! Soplando de bienestar, se vistió la prenda, donde cabía dos veces. ¿Pero acaso los pobres llevan nunca ropa á su medida?

—Tu alma como tu cuerpo—murmuró la dueña—. Y mientras Finafrol se entrenzaba el abundoso pelo, insinuó, como quien suplica:

—Una cosa te había de decir, Finafrol... No te parezca mal... Y es que no andas ya bien por los caminos, mujer... Te has puesto moza garrida, cumplida, y los hombres son peores que los lobos... ¿Por qué no te quedas conmigo, á servire? No será servire, que será como si estuvieras con tu madre...

—¡Con mi madre!—repitió Finafrol, y sus ojos se bajaron, nublados un momento—. Mi madre... dejóme en el muelle de Marinada, y se embarcó para Buenos Ayres.

—¡Mala perra!—sentenció Gregoria—. Si te quedas aquí, yo, que no te he parido, te he de querer como si te hubiese llevado en el vientre, ¿me entiendes, froliña? Y no es voluntá de Dios, nuestro Señor, que pases las noches con los hombres brutos, en los pajares.

—¡Bah!—exclamó indiferente la niña—No son hombres para mí, señora Gregoria. Primero me mataban que darles crédito, como les dá la enfelís de Marica. Me repunan como el aguardentazo. Sólo de pensarlo vomitaría. No tenga miedo, que antes me dejo acochillar. Y, ¡bueno es el tío Amaro para lo consentir! Me guarda como un can. Mal puedo dejarlo yo solo, ahora que es viejo, que no se vale. El me recogió en el muelle; desde los siete años ando con él.

—Maltrátate—arguyó Gregoria—. Y al fin es hombre, y tu padre no es.

—Otro no conocí—suspiró Finafrol, sujetándose con agua y jabón los mechones de la frente—. El cuitado tiene el genio así... porque le pasaron muchas desdichas. La mujer, así que lo

vido ciego, se escapó con un barbero á Cádiz. La hija se arregló con un sargento, y le negó un bocado de pan á su padre. La otra mujer... bueno, mujer suya no era... era una bigardona... le hizo perrerías... Y le tengo lástima. ¿He de decirle «ahí te dejo, como á un can?»

—Sidora—pronunció Gregoria—, tu no eres como los otros pobres. Eres decente. Yo de algunos estoy harta, por desagradecidos. Yo no soy como Pepe, que no diferencia á las personas.

—Tiene razón el Sr. Pepe. ¡La caridad mayor es aguantar al malo! Con nos sufrir ganan el cielo, porque es peor nos sufrir, que darnos caldo y cama.

—¡Santiña!—exclamó Gregoria; y, sin poderse contener, la abrazó—. Mira—chilló—, aquí te tengo un regalo.—Y desenvolviendo un rebujo de papel, sacó unos zapatos de cuero amarillo, y unas medias acostilladas, de algodón basto—. No quiero—decidió—que me andes más en pernetas.

La chiquilla, ante los zapatos, se conmovió.

—¡Santo Cristo de Alborada! ¡Para mí!—tartamudeaba—¡Ya estaba hecha á no calzar, pero me costó más lágrimas!, porque ha de saber, ña Gregoria, que no me crié en tanta necesidad como ando... Yo oí de pequeña que era hija de un señor... Lo decían en mi escuela las demás chiquillas... Y á mi madre le daban dinero por mí; pero luego ya no vino el dinero y en casa había mucha falta de todo... Mi má no sabía cómo arreglar... Determinó de marchar se á América...

—¡Y á ti dejóte allí en el muelle por perdida!—exclamó ña Gregoria, recordando el triste episodio—. ¡Dios la perdone! Eso fué un pecado muy grande.

—¡Dios la perdone!—aprobó Finafrol—. ¡Lo que más caro me costó fué hacerme á andar descalza de pie y pierna!—Y, al decirlo, ufanamente, empezó á embutir el pie en la media.

—Que lo rompas con salud... y mejor si es en mi casa...

V

Cuando la niña, calzada ya, bajó al patio, el tío Amaro pricipiaba á dar señales de impaciencia. Los demás mendigos habían emprendido su caminata al través de los caminos húmedos de rocío matinal, que aun no secaba un perezoso sol de otoño.

El viejo y su guía salieron. La hierba amortiguaba el ruido de los pasos; pero apenas desembocaron del sendero á la carretera, endurecida por las precoces heladas, el ciego, con la finura de sentidos que caracteriza á sus congéneres, notó algo extraño en el sonido del andar de Finafrol.

—¡Tú llevas calzado, Sidora?—preguntó severamente...

—Sí, señor... Me regaló la señora Gregoria, Dios se lo page, unos zapatos.

La frente del viejo se nubló y su boca se frunció de enojo.

—¡Estamos bien!—gruñó furibundo—Zapatos! ¡afoera con ellos ahora mismo, lisca! En te viendo tan maja, nadie dará al siego la cortesa de tocino. Dirán que somos ricos. ¡A descalzarte! ¡Zapatos nuevos!

Los ojos de la muchacha se arrasaron de lágrimas, y por primera vez, un instito de rebeldía surgió en su espíritu. Hecha á aguantar estoicamente otras injusticias, hasta puñadas, palos y repelones, no podía sufrir ésta, que la hería en sus aspiraciones femeniles, en sus recuerdos constantes de haber sido «hija de un señor» y haber andado vestida y calzada hasta con coquetería en sus primeros años. ¡Qué mal hacían á nadie sus pobres zapatiños! ¡Por qué no había de cubrir su desnudez, ahora que tenía edad para avergonzarse de ella! ¡Sus zapatos queridos, tan bonitos, tan fuertes, de color amarillo tan alegre, con la suela oliendo á material nuevécito! ¡Volver á andar por ahí enseñando la pierna, el pie ennegrecido del polvo! No, eso no; no obedecería al cruel capricho del viejo.

—¡Tú te descalsas, ó te descalso yo con el palo?—gritó el de Espadanela, avanzando hacia donde estaba la niña.

Intimidada, toda llorosa, Finafrol se sentó en un montón de grava, al pie de un castaño secular, achaparrado, de inmensa copa—uno de la docena que en el país se conocía por *los Apóstoles*—y procedió lentamente á desatar los cor-